

Mi Simón Bolívar, libro de Fernando González

=Envío del autor=

Es como una continuación del *Viaje a pie* esta primera parte en que el autor nos cuenta la vida de don Lucas Ochoa, filósofo y poeta, escéptico y realista, plácido y atormentado, de delicadezas refinadas y de vulgaridades excesivas, de humor cambiante en fin, que acometido por la idea, luego por la obsesión, de escribir la vida del Libertador, pero viviéndola primero en él, vela las armas como el mejor de los caballeros, se entrega a los ejercicios espirituales de San Ignacio para adaptar el ánimo a la robusta empresa, y deja vagar la mente desde lo más recóndito y sagrado como un teósofo en trance de proselitismo, hasta lo más cotidiano y familiar, propio para el empleo de los conceptos atrevidos y de las palabras espesas.

Es un tipo extraordinario este que nos pinta Fernando González, con pluma a un mismo tiempo trascendental y juguetona, pluma de colibrí, tajada para los más finos comentarios, donde la profundidad corre parejas con la sutileza, servida por una tinta tan fluida que de pronto se escapa y deja en la página armoniosa formidables borrones. Víctima de la sensualidad, en su forma más animal y sabrosa, no puede encumbrarse sin descender a gozarla, cual si el ascenso no hubiera tenido otro objeto que el de descubrir la presa, para caer sobre ella con las garras de los cinco sentidos. Reflexivo por naturaleza, con deseo de superarse, dueño de una filosofía que le hace descubrir las fealdades de la especie, vacila entre Nietzsche y la ciencia del buen hombre Ricardo. Los ejercicios de mejoramiento espiritual tienen en él la trascendencia que prepara el tipo de los dominadores, y la ingenuidad del niño que apunta sus pecados, para que ninguno se le vaya a caer de la memoria, cuando se halle de hinojos ante el fraile gordiflón y enemigo del baño, que le habrá de dar la absolución para alcanzar, en la misa del día siguiente, la dicha de gustar el blanco pan de los ángeles.

Es un hombre en perpetua tensión, pero que salta del tema más encumbrado al más sencillo y de la flor al estiércol. Con una grosería española, muy del agrado de los paladares adictos a la mostaza, que lo son los de la mayoría de los hombres, pero puesta en capas demasiado gruesas y demasiado frecuentes, hace burla de todo, empezando por él mismo. Tienen facetas sus ojos, como los de las moscas, y algo como el poder del microscopio, que en las superficies más pulidas halla poros y en la belleza más tersa encuentra grietas. Cargado de pensamiento, por no poder con él mismo, se difunde, y estalla en chocarrerías, en ingeniosos apuntes, en chistes excelentes, en vocablos de cuartel, en arranques de exasperación que se resuelven en risa. El ambiente está bien, pero los hombres le parecen mezquinos. Nada hay más feo, más moreno, más pequeño, más enteco, más pobre de magín, que los suramericanos, que ofenden al mono si se dicen descendientes de él, que no tienen siquiera la gracia y la fuerza del rabo prensil, y viven agitándose, mientras llega, como tipo de una deplorable civilización, el gran mulato.



Fernando González

Fragmentos del notable libro *Mi Simón Bolívar, Vol. 1 (Lucas Ochoa)*. Por Fernando González. Manizales. Colombia. Dedicado al Mayor Santander y al General Páez.

Lucas Ochoa ha vivido la mayor parte de su tiempo entre la gente morada de Colombia. Aquí han venido mezclándose las razas incensantemente hasta producir este tipo peculiar, enclenque, pequeño, de uñas violadas y amigo de los congresos, que es el colombiano.

Recorrió Lucas hacia el norte y hacia el mediodía, al levante y al poniente, en busca inútil de la belleza humana. Entonces fué al pasado y halló que en Santiago de León de Caracas había nacido, a la una de la mañana del veinticuatro de Julio de mil setecientos ochenta y tres, un español criollo, heredero de toda la energía de los conquistadores, y que en su corta vida de cuarenta y siete años, cuatro meses y veinticuatro días había cumplido los siguientes principios en que se resume la actuación de la energía humana:

- I.—Saber exactamente lo que se desea;
- II.—Desearlo como el que se ahoga desea el aire;
- III.—Sacrificarse a la realización del deseo.

Este hombre fué *Simón Bolívar*.

Encontrada la belleza humana, se aisló Lucas de sus conciudadanos y se entregó durante años a realizar en sí mismo al héroe.

Observemos los cinco países independizados por Simón Bolívar. Están poblados por gentes variadísimas: negros, mulatos, mestizos, zambos... Un teatro, una reunión cualquiera, una iglesia, una escuela, son aquí como una colcha de retazos. No hay tipo determinado. Y son enfermizos como todo híbrido. Muy sensuales. El uso prematuro y el abuso de la sensualidad nos determina esta multitud de hombres torcidos y sin propósitos. Llega la excitación y la arrojan ahí mismo en gritos, en palabras, en piedras... No hay control. Falta aún el hombre.

Cuatro de estas repúblicas han estado en manos de dictadores viles y la otra se echa como pava en celo y no hay siquiera el dictador que la posea.

Yo no soy, yo, Lucas Ochoa, sino un teólogo. He escogido la mejor parte: disputar con el Maestro. No puedo más que excitar al dictador. Hombre sin propósitos, y Bolívar tuvo un sólo propósito; hombre de finalidades conyugales, y Bo-

(Pasa a la página 347)

Así Lucas Ochoa, que tan pobre opinión tiene de sus coterráneos, que aborrece las costumbres infelices de pueblos clericales y sucios, harto de hipocresías y petulancias, irradiación, para él, de los híbridos que somos y continuaremos siendo, se enfoca en el propósito de procurarse un método, como el personaje de Barrés, y de la ironía a la cólera, del desdén al fastidio, por entre bostezos y por entre campanadas de risa, muestra la vaguedad de sus deseos, el lujo de sus pensamientos, la versatilidad de sus estados de ánimo, muy cuerdo y muy loco, con movimientos de saurio, que se adormece en la playa y resbala cuando llega la ola arrojada por el buque, y grandes aletazos de águila, que se pierde en el azul y deja la sensación de un viaje de explorador a los astros. No quiere ganar reputación de estoico, ni de pensador, ni de soñador, ni de sá-tiro. Alejado de la tierra, cuando el curso de sus pensamientos parece llevar al lector, acezante, deslumbrado a las vecindades del sol, cae verticalmente, y adrede para no parecer interesado en una labor metafísica. De igual modo, a la inversa, cuando su alegre picardía ha empujado las imaginaciones sobre el carril libidinoso, y el viaje es excitante, acelera el movimiento, hacen nacer los deseos, y en lo mejor de la fruición, santamente aquí, como diabólicamente allá, pone alas a la locomotora.

Le ha entrado el antojo de hacerle recordar al lector que la carne es la trizteza y que el goce cabal se encuentra arriba.

En su manera de escribir se producen a menudo uno, dos y tres desdoblamientos. No somos lo que somos. Somos muchos en uno. Todo nos atrae o puede atraernos, para que los diversos individuos, que conviven en el cuerpo feo de donde parten, puedan entregarse libremente a sus varias aficiones. El menor detalle exterior o interior cambia el ánimo, es decir, encadena a uno y pone en libertad a otro de los individuos. Hay algo aquí del método proustiano, en la persecución del misterio, de la conciencia, del espacio, de las diferentes velocidades del tiempo. La mujer quejumbrosa que con una simple mirada daña el día de Lucas Ochoa, que había salido alegre, es, un caso semejante, desde el otro lado de la barricada, al fenómeno que se produjo en Proust niño, lleno de fastidio, que al morder uno de esos bizcochos que llaman magdalenas se sintió de pronto invadido, aislado, sin noción de causa, por un placer delicioso. Es que la esencia no estaba en él. Era él. La verdad no estaba en el objeto aquí, ni en la mujer allá, sino en Proust y en Lucas Ochoa.

Aquél analizó hasta encontrar, hasta agarrar al vuelo, el recuerdo que huía. Era una asociación de ideas, en que el bizcocho humilde se mezclaba al recuerdo subconsciente de algo muy querido. Así pudo escribir tan bellamente: «Cuando de un pasado remoto nada subsiste, después de la muerte de los seres, después de la destrucción de las cosas, solos, más débiles, pero más vivaces, más inmateriales, más persistentes, más fieles, el olor y